

Homilía del 13 de enero de 2019
El Bautismo del Señor

Tú eres mi Hijo, el predilecto;
en ti me complazco.

Estas son las palabras del Padre a Jesús cuando él fue bautizado y estaba orando. Estas palabras parecen bastante simples. Durante años escuché estas palabras y yo mismo las leí, creyendo que Dios estaba simplemente haciendo conocer su relación con Jesús y estaba contento con su bautismo. Si pensamos en lo que ocurrió antes de las palabras de Dios a Jesús, recordamos el cuento de las anunciaciones de los nacimientos de Juan el Bautista y Jesús, las diversas respuestas a estas anunciaciones, y los nacimientos de Juan y Jesús seguido por notables respuestas y ocurrencias. Después de todo esto, las simples palabras sugieren que no pueden ser tan simples—y, de hecho, no lo son. Están llenas con significado, pero no meramente el significado que nosotros podríamos haber asumido.

Las palabras del Padre a Jesús son una cita mezclada de dos obras claramente diferentes del Antiguo Testamento, obras que representan dos tradiciones claramente diferentes. La cita se toma en parte del Salmo 2, un salmo cantado a la coronación de un rey, y en parte de Isaías 42, los primeros cuarto versículos de los cuales comienzan el cuarto-parte oráculo sobre el sufrimiento Siervo-del-Señor. Más que cualquier otra figura, el Siervo-del-Señor se rende al sufrimiento, aceptándolo sin queja. El sufrimiento Siervo-del-Señor parece tan unido a Dios que percibe el rechazo y el abuso de él como un rechazo y abuso de Dios. Él no hace ninguna queja porque él y Dios lo comparten juntos como uno. La primera lectura para hoy es en parte un prefacio en la preparación para los cuentos del sufrimiento Siervo-del-Señor.

En la primera lectura Dios está hablando a su pueblo, los judíos, que están en cautiverio en Babilonia. En primer lugar, él habla de consuelo, diciéndoles que su tiempo de servidumbre está a fin. En este contexto la voz está proclamando que un Segundo Éxodo está a punto de comenzar. Ustedes recordarán que, en el Primer Éxodo, cuando los israelitas estaban siendo liberados de la esclavitud en Egipto, había cualquier cosa menos una calzada hacia la Tierra Prometida. El camino era tan difícil, tan incierto, que el pueblo se quejaba constantemente y finalmente incluso se rebeló contra Moisés. Esta vez todo será diferente. La voz que grita las palabras de Dios dice que esta vez el camino será una calzada lisa y nivel. Las palabras que siguen llevan el acontecimiento a un nivel más alto y a un nivel espiritual: «Entonces se revelará la gloria del Señor y todos los hombres la verán». Sin embargo, cuando esperamos una aparición dramática de un rey como el pastor rey David, escuchamos que Dios mismo es el pastor que alimentará «su rebaño» y «llevará en sus brazos a los corderitos recién nacidos y atenderá solícito a sus madres». Noten que Dios mismo, no un rey, será el pastor. Este acontecimiento no sólo será un regreso a la Tierra Prometida con David como rey; esto es algo más.

Los Evangelios y, así, la Iglesia, nos dicen más. Estas palabras son una promesa mesiánica. En el Evangelio para hoy escuchamos:

. . . como el pueblo estaba en expectación
y todos pensaban que quizá Juan el Bautista

Homilía del 13 de enero de 2019
El Bautismo del Señor

era el Mesías, Juan los sacó de dudas, diciéndoles:
"Es cierto que yo bautizo con agua,
pero ya viene otro más poderoso que yo,
a quien no merezco desatarle las correas de sus sandalias.

Como en la primera lectura cuando podríamos haber esperado drama, parecería que podríamos esperar que Jesús hiciera una aparición dramática en este punto, al menos la aparición de un profeta carismático. ¿Qué vemos? Vemos a un hombre esperando su turno para ser bautizado como todos los demás. Juan es el carismático, pero Juan no usa esta ocasión para engrandecerse a si mismo. Él habla de sí mismo como un siervo indigno ante el uno que vendrá.

Entonces escuchamos las palabras de Dios el Padre. Como el Siervo-del-Señor, como Juan, podríamos esperar que Jesús actuara de alguna manera dramática, porque, aunque él es el Siervo-del-Señor, él también es el hijo de Dios y el Rey de los Reyes. Sabemos que, como Dios, «con su brazo lo domina todo», pero como hombre él, como un pastor, «llevará en sus brazos a los corderitos recién nacidos y atenderá solícito a sus madres».

¿Qué debemos aprender de estas vueltas inesperadas a las descripciones de lo siervos de Dios y de Dios mismo? Quizás la segunda lectura dice lo que hay que decir en este punto: Jesús nos enseñó para vivir «de una manera sobria, justa y fiel a Dios». Él nos enseñó para vivir como vivió el Siervo, como vivió Juan el Bautista y como él mismo, Dios el Hijo, vivió y vive. No es a través de grandes obras que nosotros podemos jactarnos, no a través de gran elocuencia por la cual nosotros nos engrandecemos; es sólo a través de «la bondad de Dios . . . y su amor. . . no porque nosotros hubiéramos hecho algo digno de merecerlo, sino por su misericordia» que veremos «la gloria del Señor» y le escucharemos decirnos a nosotros, «Tu eres [mi Hija, la predilecta,] mi Hijo , el predilecto; en [ustedes] me complazco. Que lo sea así.